

Aquella efímera alborada

MARTHA ELISA AGUILAR

El pasillo se ilumina con tu pletórica presencia, el preludio de tus pupilas armoniza mi pausado andar, la emoción estremece mi piel de perla enamorada; al escuchar tu voz el letargo huye del calvario de mis emociones, calor y escalofrío recorren las coordenadas de la doncella en que me conviertes, impregnada en el dogma de palabras labradas en sabiduría te admiro amante-amigo.

¡Desafiante Adulador!

Con una ráfaga de rubor pintas de mi piel, al ritmo del tambor baila mi angustiada corazón, desvanezco en la bruma del pensamiento extraviado en el limbo del lugar, estoy cautiva en tu apetecible universo, te llevo conmigo en una plegaria de alivio y te traigo de regreso cuando un suspiro ahoga el espasmo de mi exhalación; los rayos del sol cincelan el péndulo estático que envuelve nuestro tiempo, nos transportamos por el tibio cable del lenguaje, conduciéndonos al filo de una inminente seducción.

Bebo partículas tuyas con sabor a vid, resbalan por el cáliz de mi garganta, tu sabor penetra en mi paladar de ninfa atolondrada; se humedece en gotas que ruedan hasta llegar a mi pecho que florece en la partitura de una catarisis envuelta en llamas.

Te invoco en días y noches, eres vital como la saliva que baña mis fronteras gustativas, eres llovizna que encanta entre risas de frescura inaudita; portento de mis debilidades, sapiente líquido del Mediterráneo, torrente profético iluminas la oscuridad citadina, brisa cautivamente en la temible ciudad de los rascacielos, piel de almendra bronceada me dibujas en el horizonte de tu subversiva playa, tus caricias trazan en mi nivea espalda, sugestivo espíritu del mal:

¡Me sacudes del Vesubio al Himalaya!

¿Por qué me dejas en inocencia oscilante que reptas entre vida y muerte?

¿Cómo sucumbo ante este fuego que abraza?

La dermis de mi vientre desfallece en el hastío de la modernidad, busco tu silueta de plumaje forjado en anhelos; quiero ser hierba ardiente encadenada a tu cuerpo de leña en brama. Sola; soy polvo que desfallece en el jardín de los olivos, navego las dunas de tu piel templada en tregua desolada, beso el vaho de tu calcinante ausencia, muerdo tu perenne intelecto como al grano de café tostado, busco la pócima que destierre tu bosquejo de mi mente, para entonar el réquiem de mi terca veneración suicida. Incandescente estaca ardes en la hoguera de mi cueva...

Deseo ser un poro de oxígeno convertido en fragancia de tu atmósfera, con mis rizos dibujar tu piel de higuera; para liberar mi corazón que llora lágrimas engarzadas en matiz escarlata.

Es otoño...

Tiritan las hojas al compás del viento, siento las pinceladas de tu amor tatuadas en mi piel sacrílega, respiro esencias de sándalo que anestesian la agonía de mi extravío, el dolor aúlla en las noches de luna llena, en refugio atrincherado guardo tus arrogantes miradas, el pausado reloj profetiza tu imagen desvaneciéndose entre mis manos.

En el esquema de mi odisea, zozobran nuestros cuerpos en la hoguera de aquella efímera alborada... ❏



Abel Vázquez